

Salvador MUÑOZ IGLESIAS, *Los Evangelios de la Infancia. II: Los anuncios angélicos previos en el Evangelio lucano de la Infancia*, Ed. Católica («BAC Normal», 479), Madrid 1986, XII + 321 pp., 13 x 20.

Este es el segundo volumen aparecido de una serie anunciada de cuatro, donde se resumirán más de treinta años de investigación del Prof. S. Muñoz Iglesias sobre los Evangelios de la Infancia de Jesús (Mt I-II y Lc I-II). En 1983 fue editado el primero de estos volúmenes (*Los cánticos del Evangelio de la Infancia según San Lucas*, Instituto «Francisco Suárez», Madrid; cfr. reseñación en «Scripta Theologica» XVII [1985, 2] 689-695).

El presente vol. se ciñe al estudio de los relatos del anuncio a Zacarías (Lc 1, 5-25) y de la Anunciación a María (Lc 1, 26-38), más el pasaje de la Visitación (Lc 1, 39-45). Se dedica un capítulo a cada uno de estos tres episodios; les preceden otros dos capítulos introductorios, dedicados respectivamente al «procedimiento literario bíblico del anuncio previo» y a «cuestiones críticas en torno a los anuncios previos en Lc I», incluyendo también el pasaje de la Visitación. Los cinco capítulos son coronados con unas páginas de *conclusiones* que, de algún modo, se han ido adelantando o preparando a lo largo del libro. Al final se incluyen tres anexos: 1º) Revisión crítica de los textos de Lc I-II que deben ser considerados como poéticos (por el ritmo que emerge bien de la reseñación griega o del hipotético texto hebreo retraducido, que se supone en el origen de aquél). 2º) Recopilación de las traducciones al hebreo más relevantes de los pasajes en cuestión, hechas por diversos autores. 3º) Bibliografía clasificada sobre los diversos aspectos del tema.

Desde los comienzos de sus investigaciones, poco antes de 1960, el A. se mostró decididamente inclinado a pensar que los hagiógrafos neotestamentarios habían hecho un amplio uso de «artificios» y «procedimientos literarios» en la composición de sus escritos y persiguió la huella de tales patrones en los libros del Antiguo Testamento, pues los consideraba de importancia para captar el sentido y alcance de los relatos de los Evangelios de la Infancia de Mateo y Lucas. El tiempo ha dado razón al prof. Muñoz Iglesias. Alguna vez ha podido llevar un poco lejos el papel de tales artificios como, por poner un ejemplo, ocurre en el análisis que hace de la «objeción» de Santa María al Arcángel (Lc 1, 34), según mi modo de ver (cfr. pp. 185-186). Pero esta apreciación que, en cualquier caso es discutible, es irrelevante en el conjunto de la obra, cuya seriedad exegética conduce a importantes conclusiones sobre la hondura teológica y la solidez histórica de algunos pasajes, que habían sido discutidos por la crítica más radical.

Podemos decir, de modo general, que el A. reconduce los planteamien-

tos a unas posiciones inteligentes y razonables, a través de razonamientos y análisis sólidos y convincentes. Sólo a modo de ejemplos, tomados casi al azar, citaría las páginas 122-126 sobre la «destinataria de la Anunciación» (Lc 1, 27), o el párrafo final y el del comienzo respectivamente de las pp. 144-145, donde muestra la futilidad de la consabida discusión exegética sobre si Santa María era descendiente de David.

Los diversos fenómenos literarios, que el prof. Muñoz Iglesias examina, tienen consecuencias inmediatas acerca del valor histórico y de la intencionalidad teológica que el Evangelista ha querido expresar mediante los procedimientos redaccionales analizados. Evidentemente, los ejemplos podrían multiplicarse. A veces, el A. formula breves conclusiones sintéticas, «sumarios» podríamos llamar, como el de las pp. 236-237: «La importancia teológica de un detalle narrativo aparece cuando lo repite un personaje. Cuando Zacarías repite en Lc 1, 18 la doble situación de esterilidad en Isabel y de vejez en ambos cónyuges, que había referido en Lc 1, 17, se subraya el carácter providencial de ambas carencias ante lo que ahora va a suceder. Cuando María en Lc 1, 34 pone como objeción al ángel su condición de virgen que ya conocíamos por Lc 1, 27, se va a poner de manifiesto la forma virginal de la concepción del Mesías...».

Evidentemente, el título de *kejaritōménē*, no obstante la infinidad de estudios suscitados, necesita todavía de mayor profundización. No era propósito del A. abordarlo monográficamente. Su tratamiento (pp. 154-158) deja sin resolver algunos de sus aspectos, que habrá que abordarlos desde otros patrones hermenéuticos que los adoptados en el libro.

Sería interesante discutir la posición hermenéutica que subyace en el siguiente párrafo en las pp. 209-210: «Me parece injustificada la sobrecarga trinitaria y cristológica que se pretende ver en la terminología de estos dos capítulos. Creo que hay en ello una *petición de principio*. Es evidente que, si *proyectamos* sobre sus afirmaciones lo que pensaba la comunidad cristiana de finales del primer siglo, encontraremos en esos capítulos una cristología desarrolladísima. Pero, ¿cómo sabemos que *esa proyección la hizo el autor original*, si expresamente no lo dice, antes al contrario adopta una terminología sensiblemente viejotestamentaria y anterior a la más elemental reflexión de la comunidad cristiana primitiva?. ¿Por qué entender 'hijo de Dios' en sentido transcendente postpascual, si la expresión ocurre en un contexto donde se habla de un Mesías que reinará sobre la casa de Jacob eternamente?».

Está bien visto que las palabras del anuncio a María de Lc 1, 33a ('reinará sobre la casa de Jacob eternamente') implican un contexto mesiánico claramente veterotestamentario y judaico. Luego estamos ante un testimo-

nio de la Anunciación a María que se había transmitido conservando sus rasgos primitivos, tal como una persona hebrea, expectante de la manifestación mesiánica, podía entender fácilmente. Pero no podemos olvidar que cualquiera que fuese el alcance del Anuncio angélico a Santa María en el primer momento —cuestión muy misteriosa para nosotros—, y cualquiera que fuese la comprensión del primer presunto redactor judaico del pasaje, la tarea terminal y conclusiva del exegeta es acceder al sentido que un texto tiene en la mente del hagiógrafo bíblico que, apoyado pero trascendiendo el problema diacrónico de sus fuentes, nos ha dado el texto propiamente inspirado, el que sería recibido y canonizado por la Iglesia. Las ‘fuentes’ están leídas por el Evangelista a la luz de su fe, evidentemente postpascual, correspondiente al tiempo de redacción del Evangelio y con la iluminación del carisma inspirativo. Brevemente, el alcance de un texto bíblico no se reduce al sentido que tenía en el estadio previo de sus fuentes, sino en el estadio final del texto inspirado concluido que hemos recibido.

No obstante esta discrepancia hermenéutica mía con el A., que por lo demás es completamente discutible, es de justicia subrayar que el libro es excelente en su conjunto, lleno de agudas consideraciones y análisis muy bien llevados, como los que se encuentran —siempre sólo por citar unos ejemplos— alrededor de la pág. 239 acerca de la congruencia del ‘Magnificat’ en labios de María y no de Isabel, ‘quaestio disputata’ sobre la que aporta razones convincentes.

No es posible hoy día ser exhaustivo en el uso de la bibliografía. No obstante, y pensando en una futura edición —la del primer volumen parece estar a punto de agotarse—, me permitiría ofrecer al A. la conveniencia de consultar el libro de Angelo TOSATO, *Il Matrimonio Israelitico* (Rome, Bib. Institute Press, Col. «Analecta Biblica», n° 100, 1982) y remitir a él, quizás en torno a p. 141. De manera semejante, me resulta un poco dura la posición que toma frente a los meritorios trabajos de R. Laurentin (cfr. por ej. p. 244).

En cuanto a las *Conclusiones*, en mi opinión, la investigación de Muñoz Iglesias le autorizaría a ser menos cauteloso: la solidez en general de su trabajo le respalda para proponerlas menos tímidamente. Si he interpretado bien el libro en su conjunto, podríamos resumir las conclusiones de esta concienzuda monografía del modo siguiente:

- 1) El trasfondo verbal del relato de los anuncios a Zacarías y a María hacen razonablemente pensar en una fuente más bien hebraica que aramea.
- 2) Las expresiones, extremadamente primitivas judío-cristianas aconsejan atribuir el relato base a un autor judío-cristiano que no puede haber

sido Lucas. Este pudo haber hecho, directa o indirectamente, la recensión griega que figura en su Evangelio.

3) Se debe revisar el tópico de considerar Lc I-II como un estadio tardío de reflexión teológica (cfr. pp. 247-248). Pero en esta tercera conclusión no veo clara la posición hermenéutica de S. Muñoz, como he dicho antes: que el redactor del texto base, razonablemente presunto judío-cristiano primitivo, escriba en expresiones netamente veterotestamentarias, es cuestión bien distinta de la 'lectura' que ha hecho el Evangelista de ese mismo texto. Así, pues, Muñoz Iglesias tiene toda la razón para pensar en un texto base primitivo, vehiculador de una reflexión y expresiones teológicas protocristianas, anteriores al contacto con el mundo helenista. Pero queda en pie la cuestión hermenéutica de que el Evangelista, en su posterior *Sitz im Leben*, ha leído a la luz de una reflexión teológica más desarrollada, las expresiones primitivas del texto base y esa lectura última es el objeto de estudio terminal de la investigación exegética.

4) Matizada la anterior conclusión, podemos finalizar nuestra recensión subrayando que la investigación del Prof. Muñoz Iglesias proyecta clara y nueva luz sobre el proceso de redacción de los caps. I y II de Lucas y muestra críticamente tres cualidades del Evangelio de la Infancia lucano: a) el respeto de Lucas incluso por la literalidad de sus fuentes; b) la antigüedad de su documentación; c) consecuentemente, el alto grado de densidad histórica de esos dos primeros capítulos del Tercer Evangelio.

El libro constituye, pues, una aportación científica de primer rango.

José María CASCIARO

James T. O'CONNOR, *The Father's Son*, St Paul Editions, Boston. 1984, 324 pp., 13 x 20.

En unas líneas que se encuentran en el prefacio de este libro, el P. O'Connor marca la pauta de su obra: «Nuestra certeza —dice— sobre Jesús de Nazaret procede de la revelación divina, que nos viene por la Sagrada Escritura y la Tradición auténticamente interpretadas por la Iglesia». El libro consta de una introducción (pp. 3-44), y tres partes que son: La Encarnación (pp. 45-108); El Ministerio (pp. 109-180); y El Triduo Pascual (pp. 181-259).

En la introducción el A. hace un análisis de las fuentes históricas de